

Los amos del mundo

Â Â Â

Usted no lo sabe, pero depende de ellos. Usted no los conoce ni se los cruzarÃ¡ en su vida, pero esos hijos de la gran puta tienen en las manos, en la agenda electrÃ³nica, en la tecla intro del computador, su futuro y el de sus hijos.

Usted no sabe quÃ© cara tienen, pero son ellos quienes lo van a mandar al paro en nombre de un tres punto siete, o un Ãndice de probabilidad del cero coma cero cuatro.

Usted no tiene nada que ver con esos fulanos porque es empleado de una ferreterÃ­a o cajera de Pryca, y ellos estudiaron en Harvard e hicieron un mÃ¡ster en Tokio, o al revÃ©s, van por las maÃ±anas a la Bolsa de Madrid o a la de Wall Street, y dicen en inglÃ©s cosas como Â long-term capital management, y hablan de fondos de alto riesgo, de acuerdos multilaterales de inversiÃ³n y de neoliberalismo econÃ³mico salvaje, como quien comenta el partido del domingo.

Usted no los conoce ni en pintura, pero esos conductores suicidas que circulan a doscientos por hora en un furgÃ³n cargado de dinero van a atropellarlo el dÃ­a menos pensado, y ni siquiera le quedarÃ¡ el consuelo de ir en la silla de ruedas con una recortada a volarles los huevos, porque no tienen rostro pÃºblico, pese a ser reputados analistas, tiburones de las finanzas, prestigiosos expertos en el dinero de otros. Tan expertos que siempre terminan por hacerlo suyo. Porque siempre ganan ellos, cuando ganan; y nunca pierden ellos, cuando pierden.

No crean riqueza, sino que especulan. Lanzan al mundo combinaciones fastuosas de economÃ­a financiera que nada tienen que ver con la economÃ­a productiva. Alzan castillos de naipes y los garantizan con espejismos y con humo, y los poderosos de la Tierra pierden el culo por darles coba y subirse al carro.

Esto no puede fallar, dicen.. AquÃ­ nadie va a perder. El riesgo es mÃ­nimo. Los avalan premios NÃ³bel de EconomÃ­a, periodistas financieros de prestigio, grupos internacionales con siglas de reconocida solvencia.

Y entonces el presidente del banco transeuropeo tal, y el presidente de la uniÃ³n de bancos helvÃ©ticos, y el capitoste del banco latinoamericano, y el consorcio euroasiÃ¡tico, y la madre que los parÃ­a a todos, se embarcan con alegrÃ­a en la aventura, meten viruta por un tubo, y luego se sientan a esperar ese pelotazo que los va a forrar aÃ³n mÃ¡s a todos ellos y a sus representados.

Y en cuanto sale bien la primera operaciÃ³n ya estÃ¡n arriesgando mÃ¡s en la segunda, que el chollo es el chollo, e intereses de un trocientos por ciento no se encuentran todos los dÃ­as. Y aunque ese espejismo especulador nada tiene que ver con la economÃ­a real, con la vida de cada dÃ­a de la gente en la calle, todo es euforia, y palmaditas en la espalda, y hasta entidades bancarias oficiales comprometen sus reservas de divisas. Y esto, seÃ±ores, es Jauja.

Y de pronto resulta que no. De pronto resulta que el invento tenÃ­a sus fallos, y que lo de alto riesgo no era una frase sino exactamente eso: alto riesgo de verdad.

Y entonces todo el tinglado se va a tomar por el saco. Y esos fondos especiales, peligrosos, que cada vez tienen mÃ¡s peso en la economÃ­a mundial, muestran su lado negro. Y entonces, Â¡oh, prodigio!, mientras que los beneficios eran para los tiburones que controlaban el cotarro y para los que especulaban con dinero de otros, resulta que las pÃ©rdidas, no.

Las pÃ©rdidas, el mordisco financiero, el pago de los errores de esos pijolandios que juegan con la economÃ­a internacional como si jugaran al Monopoly, recaen directamente sobre las espaldas de todos nosotros.

Entonces resulta que mientras el beneficio era privado, los errores son colectivos, y las pÃ©rdidas hay que socializarlas, acudiendo con medidas de emergencia y con fondos de salvaciÃ³n para evitar efectos dominÃ³ y chichis de la Bernarda... Y esa solidaridad, imprescindible para salvar la estabilidad mundial, la paga con su pellejo, con sus ahorros, y a veces con su puesto de trabajo, Mariano PÃ©rez SÃ¡nchez, de profesiÃ³n empleado de comercio, y los millones de infelices Marianos que a lo largo y ancho del mundo se levantan cada dÃ­a a las seis de la maÃ±ana para ganarse la vida.

Eso es lo que viene, me temo. Nadie perdonarÃ¡ un duro de la deuda externa de paÃ­ses pobres, pero nunca faltarÃ¡n fondos para tapar agujeros de especuladores y canallas que juegan a la ruleta rusa en cabeza ajena.

AsÃ­- que podemos ir amarrÃ¡ndonos los machos. Â¿%se es el panorama que los amos de la economÃ­a mundial nos deparan, con el cuento de tanto neoliberalismo econÃ³mico y tanta mierda, de tanta especulaciÃ³n y de tanta poca vergÃ¼enza. Â Â Â (ArtÃ­culo del escritor espaÃ±ol Arturo PÃ©rez-Reverte, publicado en 'El Semanal' el 15 de noviembre de 1998, y que ahora, diez aÃ±os despuÃ©s, parece una visiÃ³n de Nostradamus). Â Â Â